

CARME CHAPARRO

CASTIGO



CARME CHAPARRO

CASTIGO



© Carme Chaparro, 2024
(representada por la Agencia Dos Passos)
© Editorial Planeta, S.A., 2024
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: abril de 2024

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 5.534-2024
ISBN: 978-84-670-7172-6

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Rotoprint
Impreso en España-*Printed in Spain*



1

Aunque Nines lleva un rato despierta, cierra los ojos y se acurruca bajo las sábanas, muy quieta. Es el juego de cada 17 de abril al amanecer. Ella se hace la dormida y su hijo salta sobre la cama tarareando cumpleaños feliz. Aunque la canción siempre se queda a medias por el ansia del pequeño. Mi regalo, mamá, mi regalo, levanta, mira mi regalo.

¡Mamááá!

Nines alarga el placer de la espera imaginando qué habrá hecho Jaime ese año. En realidad no le importa si es un collar de macarrones o un dibujo de los dos con los brazos y las piernas desproporcionados. Solo quiere sus besos y su alegría. Se le escapa una sonrisa. Si existiera la felicidad, sería en forma de pequeños instantes así. Lástima que sean tan frágiles como pompas de jabón.

Que estallan cuando menos lo esperamos.

Su burbuja la revienta el sonido del móvil sobre la mesilla de noche. Maldice el ruido. De un manotazo tantea el mueble y cuelga, aún metida bajo las sábanas. Por nada del mundo quiere que Jaime sepa que está despierta y arruinarle el momento. Él jugará a hacerle cosquillas. Despierta, mamá, despierta. Nines jugará a hacerse la dormida y a no poder abrir los ojos hasta que la risa pueda con ella.

Pero insisten.

Mierda.

—¿Quién es? —contesta.

Esconde la cabeza bajo la funda nórdica. Habla en susurros.

—¿Nines? —La voz suena extrañamente ruidosa y jovial para esas horas de la mañana. ¿Quién se levanta con tanta energía?

—No puedo aho... —Pero no le da tiempo a terminar la frase.

—Tenemos algo muy importante para ti —continúa el hombre, sin hacerle caso—. Escucha.

«Despierta, mamá, despierta. Feliz cumpleaños. Te quiero mucho. Mucho. Mucho», canturrea una voz infantil.

No entiende nada.

¿Jaime al otro lado del teléfono?

—¿Qué te parece, Nines? Menuda sorpresa, ¿eh? Soy el Pollito DJ. Estás en directo en *Vamos ya* para toda España. Tu hijo ha querido darte esta sorpresa tan especial. Felicidades desde aquí también. Pero hay más. —El locutor parece no respirar siquiera entre palabra y palabra, para que ella no le interrumpa—. Ve al pasillo y abre el cajón de la cómoda —le ordena—, el de arriba del todo.

—Sí. Sí. Voy —solo acierta a decir, descolocada por lo que está pasando, como si siguiera en un sueño.

—Vamos, Nines, que tienes voz de dormida, pero no tenemos toda la mañana. —Ahora es una mujer la que habla—. Soy Cristina Cabos y estoy de los nervios, porque Jaime tiene algo muy especial para ti. Abre el cajón. Venga. —Ella parece incluso más jovial que su compañero—. ¿Lo has abierto?

—Sí.

—Verás una caja sobre las camisetas. ¿La tienes?

La tiene. Una caja negra del tamaño de un paquete de cigarrillos con un gran lazo rojo. Su regalo de cumpleaños. El que Jaime tenía que traerle a la cama mientras la despertaba haciéndole cosquillas. Seguro que ahora está encerrado en una habitación con su hermana, riéndose de la torpeza de su madre al hablar por la radio. Qué vergüenza.

—¿La abro? —pregunta.

—¡Pues claro, mujer! ¿Qué vas a hacer si no?

—Os pongo en altavoz para poder tirar del lazo —contesta—, que con una mano no puedo.

Deja el teléfono sobre la repisa de la cómoda. Coge el regalo, nerviosa, le tiemblan las manos. Oye cómo los locutores siguen hablando sin parar, pero no los escucha. Tira de uno de los extremos de la cinta y el lazo se deshace con facilidad, dejando libre la tapa. La levanta y ve lo que hay en el interior.

—¡Nines! ¿Qué es? —grita el locutor. La historia se está alargando mucho. Y esa sosa ya no da para más.

—Nines, venga, dinos —insiste la locutora, aunque nadie responde. Hay que joderse. Le hace un gesto su compañero por debajo de la mesa. Unas tijeras con los dedos índice y corazón. Cortemos esta mierda ya. Pollito DJ se encoge de hombros. No pueden

dejar a sus oyentes con la duda—. Vamos, dinos qué es ese regalo que te ha dejado sin palabras. —Finge una alegría que no siente. A esa hora, hay que mantener despiertos a los oyentes—. ¡Venga, cuéntanos!

Nines deja caer la caja al suelo.

Congelada en una pesadilla, levanta la cabeza y ve la cara de horror de su hija, de pie frente a ella. Al salirse de la caja, la oreja de Jaime ha rebotado hasta los pies descalzos de Paz. Una mancha rojiza le ensucia el peine.

El rastro carmesí que deja en la alfombra no se irá nunca.

2

Santi mira a su alrededor mientras absorbe con rapidez los detalles del mundo que le rodea. De repente ya no es invierno y no se había dado cuenta. Un chorro de calor ha entrado con fuerza en el confortable aire del avión al abrirse la puerta delantera. El sol de un día de primavera especialmente sofocante ha recocado el interior de la pasarela que conecta la aeronave con la terminal del aeropuerto de Madrid-Barajas. El choque de temperatura y densidad aturde a los pasajeros que van desembarcando.

Nadie parece tener prisa en salir, como si el agotamiento de un vuelo transcontinental hubiera vuelto apáticos a los pasajeros.

Mientras espera a que una familia con dos niños baje sus maletas del compartimento superior, Santi mira sus pies y se da cuenta de que lleva un calcetín de cada color. Una metáfora estupenda, piensa, del derecho a rehacer la vida, aunque no parezcas encajar en ninguna. Como le ha pasado siempre a él.

Cuando levanta los brazos para sacar su mochila del compartimento superior mira sus manos, rebosantes de cicatrices que ha acumulado en estos seis meses lejos de casa. Las nota en el cuerpo también. Recuerda cómo se ha hecho, y cómo le han hecho, cada una de ellas. Algunas siguen frescas aún, rojas e inflamadas. Santi podría dibujar cada una de sus formas al detalle. De memoria.

Maltratarse para olvidar, para no pensar, para que su mente superlativa y superdotada se centrara solo en sobrevivir.

De ahí viene.

Y ahora comprobará si ha servido de algo.

De repente, ocurre una cosa extraña en Santi, o al menos en el Santi que abandonó Madrid seis meses atrás. Una emoción le golpea el cuerpo incluso más fuerte que la bofetada de aire caliente que le sacude al entrar en el *finger* que lo saca del avión. Echa de menos a Delito, el *alter ego* que durante tantos años le ha salvado la vida. La echa de menos y la necesita.

Tarda un rato en acceder a la zona de recogida de equipajes. Como su maleta no sea de las primeras en aparecer, va a llegar tarde a trabajar.

Tiene suerte.

Se abre paso entre varias adolescentes ansiosas, aglutinadas junto a la cinta transportadora, y logra cogerla a tiempo. La levanta sin problema, su cuerpo se ha endurecido aún más estos meses. Está tan pendiente de salir de ahí que no se da cuenta de la imagen que acaba de aparecer en los monitores de televisión de todo el aeropuerto.

Mejor.

Porque es Berta.

Una densa capa de maquillaje en la cara amuralla no solo los desperfectos de la piel de Berta, también los que últimamente se han producido en su corazón. No quiere sentirse una víctima nunca más. Hay penas que se lloran y otras que se mastican, y ella ha dejado ya de derramar lágrimas para masticar con fuerza sus tristezas hasta hacerlas digeribles. Al menos lo suficiente. Y así, pequeñas y blandas, esponjosas, transitan débiles por su cuerpo, atravesándolo sin hacerle tanto daño.

Ya no vive en el miedo. Ni en el castigo.

Confesar la verdad fue un alivio. Hacerlo en directo en televisión tras regresar a España después de pasar diez años escondida le dio fuerzas para quererse a sí misma. Tengo un hermano violador. Me marché porque no soportaba la vergüenza de que todos lo supierais. Regresé para buscarlo porque me daba pánico que al salir de la cárcel volviera a hacer lo mismo.

En ese momento, contándolo todo, deshaciéndose de la mentira y la culpa, sintió que su vida, por fin, estaba a punto de comenzar.

—¡Treinta segundos! —grita el regidor.

Le duelen las piernas. Tanto tiempo sentada le hincha los tobillos. Es normal. O eso le han dicho.

—Estabas en la luna —comenta uno de los contertulios—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí —responde, tratando de que su sonrisa parezca sincera—. Pensaba en las cosas terribles que a veces tenemos que contar —mente.

—Oye —protesta otro—, no te quejes que es lo que pide nuestro público... Drama. La gente quiere drama. Vamos a darles drama.

—Claro —le interrumpe Berta—, drama —que no te pase a ti nunca algo así, imbécil.

—¡Diez! ¡Silencio! —vuelve a gritar el regidor, tratando de hacer callar a todos.

—Venga, vamos —ordena Berta, procurando poner la espalda recta y mirando fijamente a cámara. Drama. Hay que joderse.

De reojo, en el inmenso monitor junto a su cámara, se ve ya pinchada en los hogares de todos los que están sintonizando el programa. Calcula que serán, aproximadamente, un millón.

Sonríe y proyecta la voz.

—Pocas cosas imagino más duras y crueles que lo que le ha pasado esta mañana a una madre en Madrid. Ya habrán oído hablar de ella: ha recibido, como regalo de cumpleaños, la oreja de su hijo, un niño que está en paradero desconocido. Tenemos, en exclusiva, a uno de los protagonistas. Enseguida vamos con todo ello.

Un par de pisos por encima del plató, en la planta ejecutiva del canal de televisión, la histórica reportera de sucesos Iluminada Mellado observa por un monitor los sutiles gestos de su amiga ante la cámara. Si no la conociera tan bien, no se habría dado cuenta, pero Berta creció en el periodismo, y en la vida, pegada a sus faldas, abrazadas la una a la otra para no caer en los momentos más duros. O para caer y levantarse gracias al sostén de la mano de la compañera. Iluminada se fija en la pantalla y cree que es la única que sabe el porqué del intenso dolor que siente su amiga al contar esa historia en televisión. Puede notar, de hecho, cómo se retuercen su corazón y su estómago por dentro, y cómo lucha por mantener la serenidad para no derrumbarse ante la cámara.

Para no llorar.

Para no dejarlo todo y salir corriendo de allí.

Pero las dos saben que las historias hay que contarlas, aunque te revienten por dentro.

«Berta lo está pasando mal, ¿te has fijado?», le escribe Chiqui, desde el plató, atento a cada uno de los gestos de la presentadora. Es, junto con Ilu, la otra persona capaz de entender el interior de

Berta. Sorprende la conexión que han conseguido los dos conociéndose desde hace tan poco tiempo y siendo de generaciones tan distintas. Un joven hacker que ha aceptado un contrato de asistente personal solo para cuidar de Berta, como si fuera su hermano pequeño.

Y Santi. Santi también se habría dado cuenta solo con mirarla. Pero de él no saben nada desde hace seis meses.

No puede pasarse de tiempo. El programa tiene que terminar a las siete y veintitrés minutos de la tarde exactamente. Todo lo que viene después es grabado. Las publicidades deben encajar en su franja prevista de emisión y el informativo de las nueve de la noche tiene que comenzar a su hora. Por eso en los últimos minutos no le gusta dar paso a determinados contertulios, esos que vienen a exhibirse más que a formar parte de un trabajo conjunto pensado para el espectador.

No hay manera de hacerlos callar.

Y hoy siente que no tiene fuerzas para ponerlos sutilmente en su sitio.

«¡Treinta segundos, Berta! —le grita la directora por el pinganillo—. Despide ya, cojones».

Pero ella solo quiere llorar.

Aun así, se recompone y ordena el jaleo que tiene alrededor de la mesa. No tan elegantemente como suele hacer, pero sí de forma eficiente.

—Compañeros, sería fantástico seguir escuchando vuestras opiniones, pero nos hemos quedado sin tiempo. Y a ustedes —mira cariñosamente a cámara—, gracias por acompañarnos —Lo dice de corazón. Nunca pensó que la sociedad la perdonaría y que los espectadores la recibirían con tanto cariño—. Nos vemos mañana.

—¡Estamos fuera! —Es el último aviso del regidor ese día—. Estamos fuera. Terminó el programa. Todos a casa.

Berta continúa sentada mientras el resto de periodistas en la mesa se levantan, quitándose el micro a la vez que caminan hacia la salida del plató. Van con prisa. La mayoría tiene el tiempo justo para llegar a su próximo compromiso; otra tertulia en otro programa, una sección en la radio, el artículo para su periódico... La tele

alimenta su exposición al gran público y la oportunidad de conseguir más colaboraciones con las que facturar una cantidad mayor a fin de mes.

Pero ella no se levanta aún. Pierde el tiempo repasando los mensajes que le han llegado al móvil desde la última pausa de publicidad, que son unos cuantos. Uno se lo manda una buena fuente en la Policía Nacional. Grupo 4 de Homicidios. «Llámame. Tengo una cosita para ti». La Berta de seis meses atrás lo hubiera hecho en ese mismo instante. La Berta de ahora lo hará quizá en un rato, cuando llegue a casa. No parece ser importante.

Está muy cansada. Puede notar las neuronas de su cabeza adormeciéndose, como si se estuvieran contagiando de un bostezo colectivo.

Y las piernas. Si se concentra lo suficiente, puede notar la manera en la que se le hinchan micra a micra, estirando la piel.

Antes de levantarse desplaza la silla hacia atrás, ya se ha dado más de un golpe con la mesa. Pero cuando se pone en pie trastabilla. Chiqui corre hacia ella, con cara de preocupación. Berta le mira y sonríe. Tranquilo, no es nada. Estoy bien.

Pero no está bien. Ojalá hubiera una cama allí para poder esconderse bajo una sábana y llorar.

Los espectadores aún no se han dado cuenta porque Berta se refugia tras la mesa y usa ropa especialmente ancha. Los contertulios tampoco, más pendientes de sus egos que de lo que les rodea. En ese plató solo sabe su secreto una persona, que es la que se ocupa de que siga así, oculto. Y de cuidar de ella. Y de coger de la mano su corazón.

—Dentro de poco no vas a poder esconderlo —susurra Chiqui, su ángel de la guarda.

—Ni siquiera con esta ropa tan ancha, ¿verdad?